

La extraña amistad

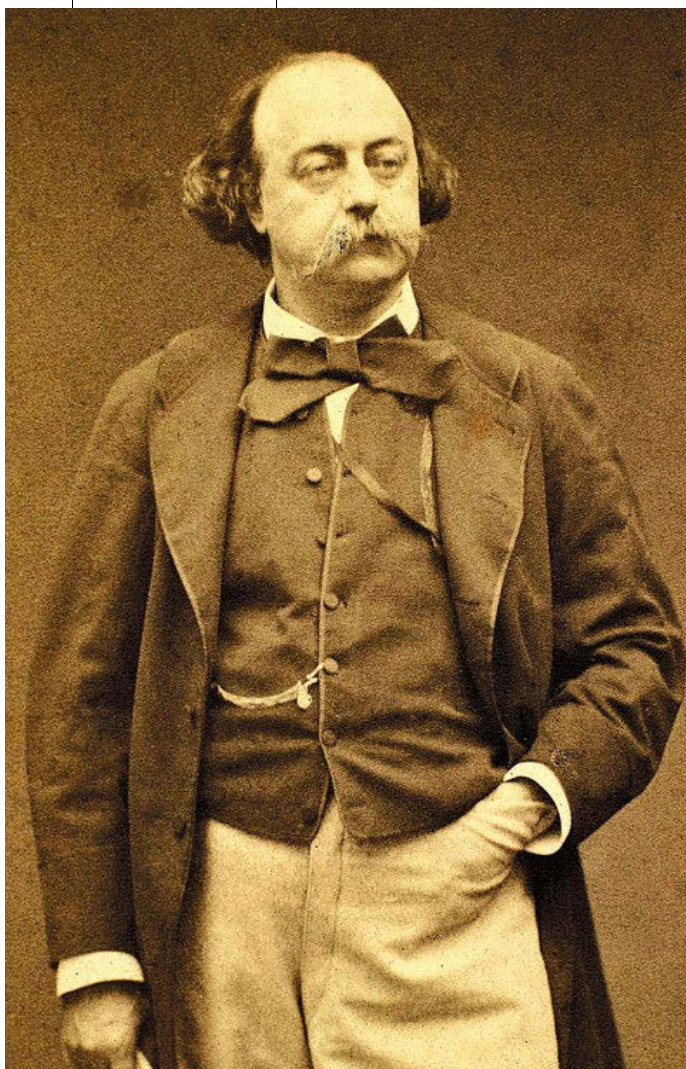
por **ANDRÉS
SEOANE**

«Acabo de enterarme de que está siendo usted demandado a causa de su libro. ¿Por qué? ¿Contra qué ha atentado usted? ¿Contra la religión? ¿Contra las buenas costumbres? ¿Ha pasado usted ya por los tribunales? ¿Cuándo será eso? Esto sí que es nuevo: idemandar un libro de versos! Hasta el momento, la magistratura dejaba a la poesía en paz. Estoy indignadísimo. Deme detalles del asunto, si no le resulta demasiado enojoso, y reciba mil apretones de mano de los más cordiales». En estos furibundos términos escribía Gustave Flaubert (1821-1880) a Charles Baudelaire (1821-1867) en agosto de 1857, tras enterarse de que el poeta estaba siendo juzgado por «ofensas a la religión, la moral pública y las buenas costumbres», cargos de los que su *Madame Bovary* había sido absuelta meses antes.

«Todo indica que se conocieron hacia 1856, cuando se acababa de publicar la novela, y se reconocieron como afines. Ambos tuvieron la inmediata sensación de pertenecer, por decirlo así, al mismo bando, y las casualidades entre ellos son impresionantes», explica a *La Lectura* el crítico literario Ignacio Echevarría, editor y traductor del epistolario *No se parece usted a nadie* (Alpha Decay). 14 misivas espaciadas entre 1857 y 1862 a las que extrae todo el jugo en un enjundioso y lúcido prólogo que con-

**GUSTAVE
FLAUBERT**
En esta
fotografía,
tomada por
Étienne Carjat
hacia 1860, el

fronta los sorprendentes paralelismos que jalonaron las vidas de ambos gigantes de las letras francesas, padres indiscutibles de la modernidad literaria en novela y poesía.



escritor
aparece
avejentado a
sus cuarenta
y pocos años

«Que los dos fundadores de la modernidad literaria sean del mismo año, tuvieran con meses de diferencia un juicio contra la moral por sus obras fundamentales y mantuvieran una cordial y admirativa relación porque compartían los mismos ambien-

tes, es un caso insólito en la historia de la literatura», defiende.

Nacidos con ocho meses de diferencia, ambos venían de entornos sociales respetables y acomodados. Ni el médico padre de Flaubert ni el general padrastro de Baudelaire vieron con buenos ojos las inclinaciones literarias de sus vástagos, que encontraron en seguir su vocación su primera chispa de rebeldía. No obstante, fue la relación con sus madres la que marcaría, a juicio del crítico, la personalidad de ambos. «Son dos edipos clásicos, enamorados de su madre y con padres severos que desaparecen pronto y los dejan en relaciones de intimidad con ellas. Aunque la diferencia es grande, porque Baudelaire tuvo siempre con su madre una relación muy tensa y torturada, llena de celos y reproches, mientras que Flaubert y la suya vivieron una especie de idilio casi matrimonial bastante cómico».

En este sentido, Echevarría establece en el prólogo toda una teoría al respecto que explica la misógina y tempestuosa relación de ambos escritores con las mujeres. Pero volviendo a las cartas, más allá del juicio contra el autor de *Las flores del mal* —que Baudelaire llamaba «la comedia» y que se saldó con 300 francos de multa y la supresión de 5 poemas—, el contenido de las primeras misivas se centra en los entusiastas elogios que ambos se cruzan. En julio de 1857, an-

Compuesta por apenas 14 misivas, la correspondencia entre **Flaubert** y **Baudelaire** muestra la mutua admiración de los dos grandes modernizadores de las letras francesas del XIX

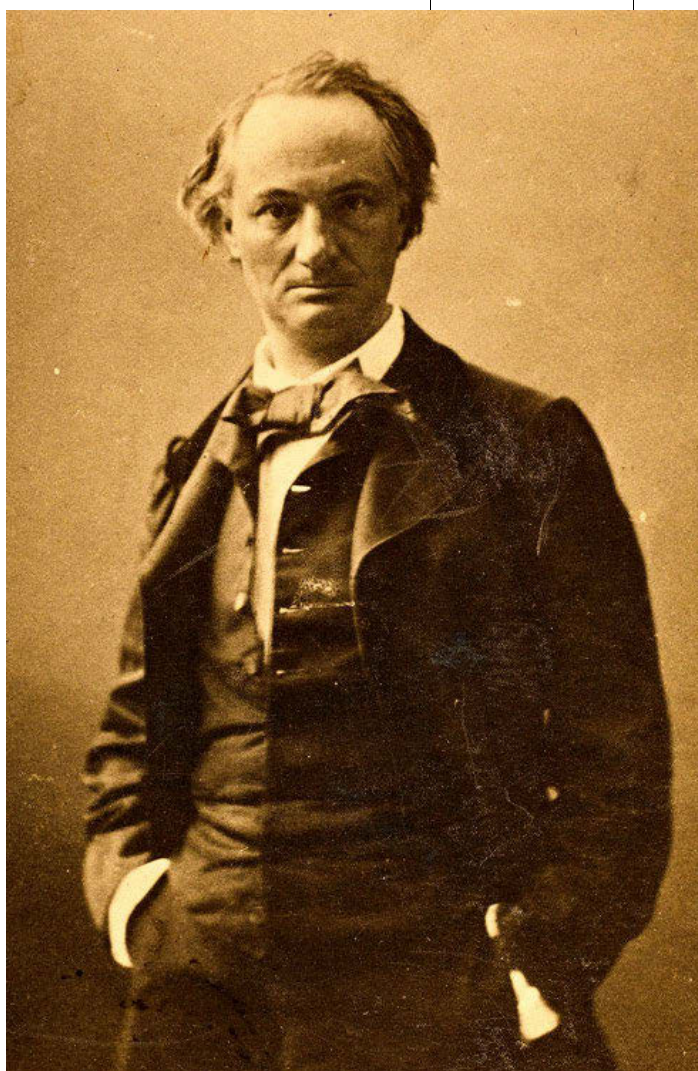
de dos 'inmorales'

tes de tener noticias de la denuncia al libro, Flaubert escribe a su colega estas hondas palabras sobre su poemario: «Mi querido amigo, primero devoré su libro de cabo a rabo, como haría una cocinera con cualquier folletín, y ahora, desde hace ocho días, lo estoy rele-yendo, verso por verso, palabra por palabra, y francamente, me gusta y me encanta. Ha encontrado usted el modo de rejuvenecer el romanticismo. No se parece usted a nadie (la cual es la primera de todas las cualidades), y la originalidad del estilo se desprende de la concepción. La frase está tan llena de ideas que parece a punto de reventar. [...] En resumen, lo que más me gusta de su libro es que en él predomina el arte. Y cómo canta usted la carne sin amarla, de una manera triste y desprendida que me resulta simpática. Es usted resistente como el mármol y tan penetrante como una neblina inglesa».

Baudelaire, que tenía mucho aprecio a esta carta, y la conservó celosamente toda su vida, le correspondería con un lúcido artículo sobre *Madame Bovary* publicado en *L'Artiste* en octubre de 1858 sobre el que Flaubert le escribe: «Ha penetrado usted en los arcanos de la obra, como si mi cerebro fuera el suyo. La ha sentido y comprendido a fondo. Si mi libro le parece sugerente, lo que ha escrito sobre él no lo es menos».

En estos encendidos intercambios se revela lo que para Echevarría constituye una de las claves de esta peculiar amistad, que es lo que hace de ellos los grandes rompedores que

CHARLES BAUDELAIRE
Gran amante de la fotografía, el poeta fue muy amigo de Nadar, que le



retrató así en 1855, cuando aún era un pulcro aunque estafalario dandi

fueron: «la idea de que la moral no tiene nada que hacer en los territorios del arte. Un gesto esencialmente moderno que abrirá el camino del arte por el arte y todas las teorías de los movimientos posteriores».

Sin embargo, el crítico nos

exhorta a no exagerar el aspecto rebelde de ambos escritores. «No debemos olvidar que ellos están de algún modo imbuidos de la moral de la época, de los horizontes, el cinismo, la misoginia y las ambiciones burguesas», argumenta. «Pero lo que tienen claro, y ahí está el punto de ruptura, no es tanto el rechazo de la moral burguesa como el rechazo a que la moral entre en el campo del arte. El gran gesto moderno de ambos es arrancar el arte del ámbito de la moral. Y, de hecho, los dos juicios son juicios contra la moral. Se ve en las cartas, y Baudelaire lo expresa claramente, esa idea de que el arte se emancipe de la moral».

Contra el canon. La dispar fortuna de ambos marcará su devenir vital, el apoltronamiento burgués de Flaubert en Croisset y la decadencia urbana hacia la indigencia de Baudelaire, pero nunca enfiarará una relación en la que uno de los puntos álgidos fue cuando el poeta decidió presentarse como candidato a ocupar un sillón de la Académie. En enero de 1862, Baudelaire escribe a su amigo: «Mi querido Flaubert, acabo de dar

un golpe de genio, una locura, que transformo en sabiduría por virtud de mi persistencia».

En esa carta, además de pedirle que interceda por él a la hora de visitar a ciertos académicos –requisito necesario en esa época para darse a cono-►

► cer y solicitar el voto-, le cita un artículo de Sainte-Beuve en el que el despiadado crítico literario destroza a todos los candidatos. Incluido a Baudelaire, de quien dice: «Se preguntaba uno al principio si Baudelaire, al presentarse, no quería gastar una broma a la Academia, y componer un epigrama (...) Tuvieron que enseñar a deletrear el nombre de Baudelaire a más de un miembro de la Academia que ignoraba totalmente su existencia. No es tan fácil como parece demostrar a unos académicos políticos y hombres de Estado el hecho de que existen en *Las flores del mal* unos poemas verdaderamente muy notables en cuanto al talento y al arte...».

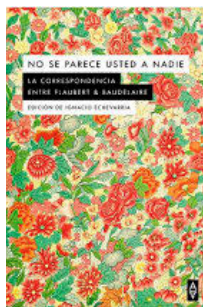
La respuesta de Flaubert, cordial y comprometida, no puede dejar de reflejar su estupor: «¡Insensato! ¡Pretende usted que la cúpula del Instituto se derrumbe!». Aun así hace todo lo que puede para que muchos académicos reciban y valoren a Baudelaire. Como defiende Echevarría, explicar este muy discutido episodio de la vida del poeta es la mayor contribución de estas cartas. «En ellas queda claro que Baudelaire hace eso como un gesto provocativo, completamente vanguardista y genial. Él sabe que no tiene ninguna posibilidad, pero se presenta a la Academia para poner en evidencia el carácter carca de la institución. Flaubert, mucho más conservador y receptor de honores como la Legión de Honor, no entiende las intenciones de su amigo».

Este se lo reprocha escribiéndole: «¿Cómo no adivinó usted que Baudelaire significa Auguste Barbier, Th. Gautier, Banville, Flaubert, Leconte de Lisle, es decir, la *literatura pura*?». Baudelaire llevó una vida miserable y sabía que era un tipo despreciado por los estamentos culturales y sociales y quiso provocarles forzándoles a mostrar su verdadera cara reaccionaria y poner en evidencia que esa tradición hierática que representaban dejaba fuera a la nueva poesía.



UNA AMISTAD NACIDA AL CALOR DE UNA 'SALONNIÈRE'

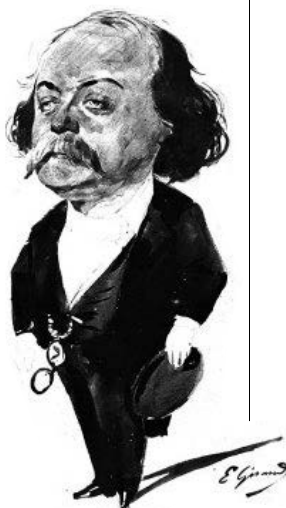
Quizá nunca se sepa a ciencia cierta, pero lo más probable, apunta Echevarría, “es que Flaubert y Baudelaire se conocieran en el salón de Madame Sabatier, una ‘cocotte’ de la época que reunía todos los domingos por la tarde en su piso de la calle Frochot, cerca de la plaza Pigalle, a un selecto círculo de amigos artistas”. De hecho, con el autor de *Las flores del mal* tendría una relación, llegando el poeta a considerarla como “su ángel guardián”. Fue una de las tres mujeres (con Jeanne Duval y Marie Daubrun) que le inspiraron algunos de sus poemas. Sin embargo, como solía ocurrirle, Baudelaire fue perdiendo poco a



GUSTAVE FLAUBERT Y CHARLES BAUDELAIRE NO SE PARECE USTED A NADIE

Traducción y prólogo de Ignacio Echevarría. Alpha Decay. 128 pp. 14 €

poco el interés en ella y rompieron en agosto de 1857. Por el salón de “la Presidenta”, como la apodó Théophile Gautier, pasarían escritores como Maxime du Camp, Alejandro Dumas padre, el propio Flaubert, Edmond de Goncourt o Gérard de Nerval, músicos como Berlioz y pintores y escultores como Courbet, Henri Monnier o Auguste Clésinger. “La Presidenta siempre es encantadora, y cada domingo, en su casa, rivalizo con Henri Monnier en estupidez”, escribe Flaubert a Baudelaire en 1859, en una de sus frecuentes estancias en París. “Es apasionante imaginarlos de jóvenes charlando de todo en el salón de la misma mujer”



«Fue algo similar a los debates que se estaban produciendo en el campo del arte con las grandes tensiones entre los académicos de corte clasicista y los nacientes impresionistas, que se saldaría al año siguiente, en 1863, con el famoso Salón de los Rechazados», explica Echevarría. «En esos años toda forma de arte empieza a despedirse de los cánones clásicos, e intenta poner en evidencia a las academias por su cerrazón». Y que conste, añade el crítico, que «Baudelaire tenía mucho respeto por la Academia como institución, pero ninguno por los académicos, y quería retratar la falsedad de esos rancios que no entendían nada».

Huecos en blanco. A partir de 1862 no se han hallado más cartas, aunque Echevarría asegura que es muy posible que existan y que aparezcan en el futuro. Sin embargo, la realidad es que los distintos estatus de ambos y la espiral de autodestrucción en la que entró Baudelaire, emigrado a Bruselas y cada vez más merchado por la sífilis, dificultarían el contacto.

«Flaubert vivió siempre como un burgués provinciano, incluso arruinado al final de su vida tras la Guerra Francoprusiana y los fracasos de *La educación sentimental* y *Las tentaciones de San Antonio*, que ni fueron entendidas ni vendieron, ni tuvieron buenas críticas. Pero antes tuvo muchísimo éxito con *Madame Bovary* y con *Salambó*. Fue aplaudido y querido, frecuentó los salones, agasajado por la crítica...», recuerda el crítico.

«Mientras, Baudelaire fue un maldito que fracasó. Al final de su vida fue muy respetado por una hornada de jóvenes como Mallarmé, Verlaine o Rimbaud, que lo conocieron o admiraron, pero nunca tocó el éxito». Más allá de estos tristes finales, lo apasionante de estas cartas es, como apunta Echevarría, lo que hay detrás de lo escrito, los huecos en blanco: «¿Quién sabe hasta qué punto se influyeron mutuamente en esas charlas que compartieron?».